



Aula d'Història de Lo Rat Penat
Conferencia del professor D. Fernando Millán Sánchez

Tema XXXII.

Teodoro Llorente.

La Renaixença Valenciana, motor de un pueblo.

Su vida.

Teodoro Llorente Olivares, el primero de los poetas de la Modernidad en Lengua Valenciana, padre, junto a Constantí Llombart, de la Renaixença valenciana, periodista de excepción, y líder indiscutido del regionalismo político, nació en la ciudad de Valencia el año 1836. Tiempo del Romanticismo en el hacer de Europa.

Hijo de Felicísimo Llorente, prestigioso abogado de la capital del reino de Valencia, poseedor de extensas propiedades agrícolas, destacado miembro del partido moderado, su educación, como correspondía a un miembro de la burguesía capitalina, tuvo por marco el Colegio de Padres Huérfanos, centro educativo de especial consideración. En él realizaría los estudios propios de la enseñanza primaria y de la enseñanza secundaria.

En la Universidad Valenciana cursó Llorente las enseñanzas propias del Derecho, como correspondía a la tradición familiar, y fue en ella donde Teodoro Llorente, junto a su amigo y compañero Wenceslao Querol, trabó conocimiento por vez primera con el movimiento cultural que en la Provenza francesa dirigía el gran poeta Federico Mistral, empeñado en recuperar para su divulgación todo lo que había significado la cultura de los trovadores y el instrumento que estos habían utilizado en su quehacer: la lengua de Oc.

Inicial conocimiento de la Renaixença occitana que tuvo como autor principal a Mariano Aguiló. Era este el bibliotecario de la Universidad, mallorquín de nacimiento, y gran conocedor del proceso que en Cataluña, y más exactamente en la ciudad de Barcelona, había adquirido la idea del poeta francés. También Cataluña, intelectuales y burgueses, soñaba con recuperar su Historia.

Terminados los estudios de Derecho, Teodoro Llorente inició su participación en el desempeño de la abogacía. Un desempeño que en absoluto colmaba sus ilusiones y sus afanes que se inscribían en la pasión por las letras, por la poesía, y en el conocer el desarrollo del movimiento de la Renaixença del Mediodía francés y la utilización de la lengua lemosina.

Lengua que, en el parecer de los jóvenes poetas que habían bebido las fuentes de Mariano Aguiló, era uno de los antecedentes de la Lengua valenciana, que fue siempre su instrumento preferido en el hacer poético.



Años de participar, junto a Wenceslao Querol, en los encuentros que se celebraban en el monasterio de Montserrat, cuna de la Renaixença catalana. Años de conocer directamente a Federico Mistral y de imbuirse de su posición sobre la naturaleza, netamente cultural, del movimiento que encabezaba.

Pero ese vivir plenamente la Renaixença nacida de la pasión desatada por la recuperación de las culturas medievales que tienen sus raíces en el auge inesperado del Romanticismo histórico, romanticismo histórico que cultivaban afamados escritores como Walter Scott, la pasión escocesa, o René de Chateaubriand, en la búsqueda de los mundos antiguos y desconocidos, tuvo para Teodoro Llorente un punto de inflexión. El que significaba el abandono de la abogacía y su apuesta por el periodismo como profesión.

1861.

Teodoro Llorente ha cumplido los 25 años. Es el momento en el que recibe una propuesta difícil de esperar. José Campo, seguramente el hombre más acaudalado de Valencia, amigo de su padre, quiere que sea el director del periódico que ha fundado. Se llama La Opinión y tiene como finalidad la defensa del ideario moderado y de los proyectos de transformación de la sociedad valenciana y española que el financiero acaricia.

Teodoro Llorente, con la audacia propia que acompaña a la juventud, acepta la propuesta que se le ha planteado, y durante cinco años el periódico bajo su dirección se convierte en un ariete contra un proceso político, el propio del reinado de Isabel II, que no parece encontrar ningún rumbo fijo al que atenerse.

Las luchas entre liberales y moderados, entre alfonsinos y carlistas, entre todos ellos y los republicanos, sin olvidar los desatendidos problemas de las colonias y los propios que empiezan a producirse por la aparición de los nuevos movimientos obreros, anarquistas y socialistas, apuntan hacia el próximo derrumbe de la monarquía y su sustitución por nuevas formas de Estado.

Tiempo en el que Teodoro Llorente no olvida sus preocupaciones literarias que empiezan a dirigirse hacia el tema más concreto de activar una propia Renaixença valenciana. Tiempo en el que se pone en contacto con miembros del grupo poéticos de las Escuelas Pías, como Pascual Pérez, iniciadores del Romanticismo valenciano, tiempos en los que traba conocimiento con personalidades carlistas de primer nivel, como Aparisi y Guijarro, que irán conformando su pensamiento regionalista.

1866.

La vida financiera y política española está sufriendo un cambio trascendental. La crisis económica que se conoce ha llevado a la ruina a grandes fortunas y ha dejado sin recursos a una buena parte de la sociedad española. El propio José Campo, el hombre infalible, ha tenido que reconocer el fracaso de sus sociedades de crédito. Una situación, junto con el porvenir político que se adivina, que invita a retirarse del primer plano social y político, y a abandonar la aventura de su periódico al financiero valenciano.



Su resolución es firme. Entregar la propiedad de la cabecera del periódico a quien la dirige, Teodoro Llorente, con la única condición de que cambiaría su nombre, y los talleres de impresión a Federico Doménech que ha sido su regente.

Teodoro Llorente acepta la cesión que se le ofrece. Ante él se abre, como periodista, un mundo nuevo. Un mundo en el que podrá modelar a su antojo el hacer de un periódico que renace como instrumento de una valencianidad que cada vez ocupa una parte más importante de su pensamiento y de su hacer literario.

Las Provincias será el título del nuevo rotativo. Un título que quiere significar el primero de sus objetivos. La prioritaria atención a los problemas de las tres provincias valencianas, Castellón, Valencia, Alicante, la consolidación del regionalismo frente a las pretensiones nacionales que son en el momento las preferidas, han de distinguirlo de los demás medios de comunicación.

Se trata de abordar, en primer lugar, los temas que son de interés de los valencianos, sin olvidar por ello el aportar las noticias de ámbito estatal que se consideren necesarias. Noticias políticas que configuran una realidad ciertamente cambiante. En el año 1866 nadie es capaz de apostar por el futuro del Estado.

La segunda cuestión esencial para Teodoro Llorente será hacer de su periódico un rotativo de calidad contrastada.

Una calidad que solo podrá ser conseguida si en sus páginas aparecen las plumas más valoradas del periodismo y de la vida intelectual y literaria. Todos los literatos que se agrupan a su lado en la tarea de la Renaixença, todas las plumas españolas de prestigio, tendrán cabida en el periódico, como la tienen en las tertulias que en los locales de Las Provincias se realizan.

Una tercera cuestión le interesa al director de Las Provincias como parte de la naturaleza de su periódico: no olvidar las cuestiones económicas y las reivindicaciones sociales que están en la raíz del interés de las gentes, ansiosas, todas ellas, por conocer temas de información concretos que puedan serle de utilidad. Informaciones comerciales, de transporte, financieras..., todas las que forman parte de la vida diaria.

Con este bagaje ideológico se inicia el andar de un periódico que se ha perpetuado en el tiempo como el periódico regional más importante de España. Un periódico que mantuvo en su dirección a su primer propietario hasta el año 1904. Año en el que le sucedió su hijo Teodoro Llorente Falcó.

1868.

Los acontecimientos, como se esperaba, se han precipitado. El pronunciamiento militar dirigido por los generales Prim y Serrano y por el almirante Topete, ha triunfado plena-



mente. Desde Cádiz, donde ha tenido su inicio, dos columnas se dirigen la una hacia Madrid directamente, la otra bordea la costa por Andalucía, Murcia y Valencia, sumando a su causa a todos los regimientos que tienen sus cuarteles en las tierras recorridas.

Los partidarios de Isabel II, dirigidos por el marqués de Novaliches, se rinden en Alcolea. La reina, que pasa sus vacaciones en San Sebastián y Biarritz, cruza la frontera para exiliarse en Francia. París será, en los siguientes años, su refugio. El gobierno presidido por Juan Prim, cabeza visible del liberalismo progresista, la sucede, por el momento, en el poder.

Teodoro Llorente y Las Provincias deben tomar posiciones al respecto. Sabida es la tendencia moderada del periódico, pero, en el momento, el poder se reparte a partes iguales entre el liberalismo de carácter progresista, y el liberalismo más moderado que exhiben los miembros de la Unión Liberal que encabeza Serrano.

Los primeros, partidarios de una monarquía democrática ajena a los Borbones, los segundos, proclives a aceptar la solución borbónica en la persona de la hermana de la reina depuesta, que está casada con el duque de Montpensier.

Teodoro Llorente y su periódico toman partido inicialmente por la candidatura de Montpensier, que se presenta como un católico moderado, de fuerte carácter, que tiene pocas simpatías entre el pueblo por su ascendencia francesa, miembro de la Casa de Orleans, y por su actitud un tanto soberbia ante las costumbres españolas.

La hegemonía de los liberales progresistas, su apuesta por un rey italiano miembro de la Masonería y, por consiguiente, ajeno a la presencia de la Iglesia Católica, a su poder, en el contexto de la sociedad española, determinan a Teodoro Llorente, como director de Las Provincias, a tomar una posición claramente de confrontación con el gobierno de la Nación y con los postulados ideológicos defendidos tanto por los progresistas cuanto por los demócratas y republicanos.

Es el tiempo en el que Teodoro Llorente y Las Provincias entran a formar parte de la Liga contra el filibusterismo, independentistas, y la Internacional obrera, 1871. Es el tiempo en el que Llorente pasará a ser socio del Centro Hispano-Ultramarino, 1872. Tiempo en el que el primero de los poetas en Lengua Valenciana pasa a formar parte de la dirección del nuevo partido Institucionalista, 1872. Tiempo de presencia en la Liga Nacional que se declara contraria a la abolición de la esclavitud en Cuba y Puerto Rico, 1873. Tiempo, en fin, de su afiliación a los círculos alfonsinos.

Toda una declaración de principios ideológicos que será necesario analizar, sin olvidar la sombra que sobre el pensamiento del director de Las Provincias extiende la presencia y el recuerdo de don José Campo.

La Liga contra el Filibusterismo y la Internacional obrera tiene por objeto el aglutinar en su torno, más allá de la disciplina de los partidos, a todos aquellos conciudadanos que



están a favor de mantener bajo la obediencia del Estado la integridad de todos los territorios españoles, peninsulares y ultramarinos, y respetar el orden social.

Y, muy especialmente, por lo que hace referencia al primero de los objetivos, deben formar parte de una España indisoluble, Cuba, Puerto Rico y Filipinas, que, desde el siglo XV, han formado parte de la Patria Común. Posición que les sitúa en contra de todos los partidos políticos, republicanos, o asociaciones cívicas, masonería, que muestren cualquier tipo de apoyo a la independencia de las colonias o a la aceptación de la autonomía de las mismas.

Planteamiento que entra en colisión con el movimiento republicano, próximo a los partidos autonomistas, pero que cuenta con el decidido apoyo de los moderados, unionistas y buena parte de los progresistas, que coinciden con las tesis de la Liga. Lo que está en juego, en el fondo, es la propia economía española. Una economía que no puede prescindir de los ingresos que significan los impuestos que devengan la producción del azúcar y del tabaco.

Situación semejante podía aceptarse por lo que hacía referencia a la confrontación con todos los movimientos de obreros y campesinos nacidos de los dictados de la I Internacional celebrada en Londres, y que había tenido a Carlos Marx, socialismo, y a Miguel Bakunin, anarquismo, como grandes protagonistas.

Solo algunos grupos muy reducidos de intelectuales y profesionales liberales, siempre interesados en el progreso social, se añadían a los obreros en sus demandas y en sus teorías sobre las plus valías del trabajo. En los años setenta del siglo XIX todos los partidos políticos estaban contra ellos y solo los republicanos trataban de entenderlos.

Un paso más daba el director de Las Provincias en la conformación de su pensamiento moderado, al adscribirse, también, al Centro Hispano-Ultramarino y a la Liga Nacional.

En el primero de los casos, Centro Hispano-Ultramarino, Llorente, y Las Provincias pretenden que Valencia y sus intereses económicos estén salvaguardados ante los intentos separatistas, actuando como una fuerza unida el conjunto de los financieros e industriales del Reino de Valencia en sus relaciones con las Colonias y con el conjunto de Hispanoamérica.

En el segundo, la batalla contra los abolicionistas, se situaban con firmeza al lado de los propietarios españoles de las grandes haciendas americanas, que argumentaban su defensa de la esclavitud como opción necesaria e imprescindible, para mantener el poder económico de los españoles, y, como consecuencia, el poder de España y su sitio en el Mundo como potencia que mantenía su tradicional importancia en el concierto internacional.

Eran los pasos necesarios que le permitían confluir con los círculos alfonsinos y, posteriormente, con el partido moderado.

1874.



El papel jugado por Las Provincias será crucial en el devenir, en la consolidación, del régimen de la Restauración nacido en septiembre del año 1874, porque fue en el rotativo valenciano donde se publicó, escrito por la pluma de Teodoro Llorente, el Manifiesto que defendía la llegada de Alfonso XII al trono de España y el ideario que sustentaría la vida política española en el devenir del último tercio del siglo XIX y en el primero del siglo XX..

Un ideario que partía del concepto de la unidad de España en la persona del Rey y de las Cortes, que eran, ambas, la representación de la voluntad de todos los españoles, de acuerdo con lo establecido en la Constitución de 1812, y con la tradición que arrancaba desde los inicios del siglo XVIII, cuando la mayoría de los españoles había apoyado a los Borbones como los legítimos detentadores del trono.

Teodoro Llorente entraba, con el nuevo régimen, en el mundo de la política, y el mismo año era nombrado diputado provincial de Valencia por el nuevo gobernador. Nombres que repetiría en el año siguiente, aunque esta vez nombrado por la autoridad militar. Sería en el año 1877 cuando alcanzaría la misma representación pública, pero esta vez avalado por un proceso electoral.

Una presencia política que se acrecentaría ante el gobierno y ante los ciudadanos, al plantear el director de Las Provincias, con toda la fuerza que le añadía su directa comunicación con los lectores, la necesidad de recuperar los guardias rurales como institución necesaria para el control de las tierras menos protegidas.

Pero el hacer político de Teodoro Llorente y el hacer periodístico, no agotaban en absoluto la labor cultural e ideológica que sobre el pueblo valenciano hacía en aquellos momentos el director del periódico regionalista. Bien al contrario, estas labores quedaban eclipsadas por su papel en el redescubrir la naturaleza real, las señas de identidad, del reino de Valencia.

Corría el año 1866 y en Valencia se planteaba la posibilidad de erigir una estatua ecuestre del rey don Jaime, el fundador del reino cristiano de Valencia, que simbolizara el permanente recuerdo de todos los ciudadanos por su hazaña. Una petición que venían impulsando dos sectores bien distintos de la sociedad. De una parte los que serán conocidos como los poetas de “guante” por su pertenencia a la burguesía valenciana, dirigidos por Teodoro Llorente, y de otra parte los que recibirán el sobrenombre de poetas de “espardeña” por pertenecer a las capas más humildes de la ciudad, y que bebían las fuentes de Constantí Llombart, un humilde poeta popular que vivía en la práctica de las ayudas que recibía de sus seguidores.

El encuentro de ambos grupos, el conocimiento de sus objetivos comunes, la recuperación de la Lengua, de la Historia, y de la Cultura del pueblo valenciano, propició que se iniciasen conversaciones entre ambos. Conversaciones que tenían como objeto la posible fusión de ambos y la creación de una institución cultural que llevase a cabo la necesaria Renai-xença valenciana.



El periodo que transcurre entre el año 1876 y el año 1878, estuvo dedicado a intentar llegar a un acuerdo definitivo entre ambos grupos. Acuerdo definitivo que no era fácil de conseguir dadas las diferencias sociales y políticas que los separaban. Los unos eran miembros de la aristocracia urbana y sus ideas se aproximaban a las del partido conservador, los otros eran trabajadores o intelectuales sin recursos y sus ideas políticas se acercaban a las tesis republicanas.

Fue la voluntad de los dos líderes, Teodoro Llorente y Constantí Llombart, la que se impuso y forzó el acuerdo. Un acuerdo que cristalizaba con la creación de una sociedad de amantes de las glorias valencianas a la que eran invitados a pertenecer todos los valencianos que sintiesen el amor por la Lengua, la Historia, y la Cultura Valenciana, que habían significado a su reino como el primero de España en el devenir de los siglos XV y XVI.

Una sociedad cultural que recibiría el nombre de Lo Rat Penat, en recuerdo del murciélago que mostró el camino al rey don Jaime para conquistar la capital de Balansiyya..

En el contexto de la Feria de Julio, en el pabellón del Ayuntamiento, con la presencia de las autoridades valencianas, se realizó el acto que culminaba con la elección de Félix Pizcueta, antiguo líder del partido liberal-progresista y reconocido escritor, como presidente de la nueva entidad. Una entidad que se marcaba como objetivos fundamentales la recuperación de la lengua valenciana, la divulgación de su Historia y la práctica y conocimiento de todas sus tradiciones, de toda su cultura popular.

Teodoro Llorente se perfilaba como el principal motor de la Renaixença valenciana, el hombre de mayor influencia, a través de su periódico, en la forja de la opinión ciudadana.

1881.

Apenas llevaba unos años como defensor público de las tesis conservadoras, cuando Teodoro Llorente planteó su primera diferencia sustancial con respecto a la política del partido, y muy específicamente frente al propio Cánovas del Castillo, el líder indiscutido, en el momento presidente del gobierno de la Nación.

Una diferencia que tenía como causa la diferente visión que ambos tenían sobre el modelo de gobierno a llevar a cabo en el contexto de mantener la unidad de España frente a cualquier movimiento separatista, y, al tiempo, defender las características específicas de cada región española, en atención a su propia Historia y a sus diferencias culturales.

Desde la perspectiva de Cánovas del Castillo, andaluz de ascendencia valenciana, la única posición posible del gobierno de la Nación, debía ser la de fomentar la más estrecha unidad de España, a partir del reconocimiento de una lengua común, el español, y de una cultura común. Posición que había sido la mayoritaria desde el siglo XVI en España.

Para Teodoro Llorente, por el contrario, la unidad de España no podía cimentarse de una manera definitiva si no se tenían en cuenta las diferencias culturales entre las regiones que la conformaban. Diferencias que se mostraban en la pervivencia de distintas lenguas, que



debían cultivarse sin menoscabo de la lengua castellana que era la común a todos los españoles, en la presencia de las tradiciones diferenciadas, y en el conocimiento de una Historia que, hasta el siglo XV, había sido distinta en cada uno de los reinos peninsulares. La diversidad regional debía ser protegida como garantía de la unidad nacional.

Una confrontación entre Cánovas del Castillo y Teodoro Llorente, que provocó la caída de Cánovas cuando en el escenario de la batalla hizo su presencia una tercera persona. Hablamos de Francisco Silvela, político madrileño muy admirado en el interior del partido conservador, que, defensor de una necesaria descentralización administrativa en el gobierno del estado como único medio para hacerla más eficaz y satisfacer las peticiones de las autoridades locales, decidió mostrar su apoyo a Teodoro Llorente.

Se inicia una amistad entre ambos próceres, Francisco Silvela y Teodoro Llorente, que convertirá al director de Las Provincias no solo en dirigente provincial del partido, más tarde en presidente del mismo en el año 1895, sino que en el año 1891 será diputado nacional, elegido por la circunscripción de Sueca, cargo que repetirá en el año 1892 y esta vez como diputado por la ciudad de Valencia.

Una trayectoria política avalada por el apoyo constante de los militantes de Valencia, que se confirma de modo definitivo cuando en 1896 es nombrado Senador vitalicio y en 1903, de nuevo presidente del Partido Conservador.

Culminada su trayectoria política, Teodoro Llorente decidió que en el año siguiente, 1904, debía cerrarse también su trayectoria periodística.

En el transcurso de los últimos casi cuarenta años, 1866-1904, había sido el director de Las Provincias el eje conductor de una Valencia moderada y regionalista, abierta a la modernidad pero sin perder sus raíces tradicionales, que recuperaba su auténtico papel dirigente en el mundo de la economía y la cultura española.

Era tiempo, para quien ya había cumplido su misión, de descansar, de ofrecer a las nuevas generaciones el espacio que les correspondía. Su hijo sería su sucesor.

También Lo Rat Penat, su querida sociedad de amantes de las glorias valencianas, había alcanzado su mayoría de edad bajo su tutela. Ya no era la persona imprescindible para mantener la labor emprendida desde el año 78 del pasado siglo. Otras personalidades valencianas estaban dispuestas a sucederle.

Acunado en el reconocimiento de todos los valencianos pudo decir adiós el año 1911.

Su obra.

Llibret de versos, obra publicada en el año 1885, y Nou llibret de versos, que vio la luz el año 1902, son la muestra más acabada del hacer poético de la madurez de Teodoro Llorente. Atrás quedan los versos de espíritu romántico que corresponden a su juventud y que



guardados durante años fueron al fin publicados en el año 1906 por expreso deseo de sus admiradores.

Unos poemas, los de la madurez de Llorente, que serán propios tanto del tiempo en el que fueron escritos y publicados, por lo que al estilo literario hace referencia, cuanto por lo que se refiere a cumplir la misión que el autor se plantea al escribirlos: ser la imagen que se espera de la Renaixença valenciana.

Por lo que al tiempo y al estilo hace referencia, recordemos que estamos en el último tercio del siglo XIX y comienzos del siglo XX, tiempo en el que los afanes propios del Romanticismo, el placer por lo mágico y por lo imposible, han quedado atrás para dar paso a una visión absolutamente realista de la sociedad que se vive. Una sociedad que se muestra al lector tal cual es, sin despreciar en el retrato ni las miserias vividas ni los errores cometidos.

Es el tiempo en el que la novela ha sustituido, en el mundo literario, a la poesía. Es el tiempo en el que, en el contexto de España, brillan nombres como Pedro Antonio de Alarcón, Juan Valera, Benito Pérez Galdós, José María de Pereda, Palacio Valdés..., y la figura valenciana que cierra el ciclo, Vicente Blasco Ibáñez, para dar paso al nuevo estilo literario que marcará la Generación del 98.

En este ambiente del realismo literario, la obra de Teodoro Llorente se nos muestra en todo su esplendor. Si tomamos el poema más representativo del Llibret de versos, “La Barraca”, nos encontraremos con lo que significa esa realidad valenciana que el autor nos quiere mostrar. Una realidad que, en su hacer poético, se tiñe de nostalgia por el pasado y de amor por lo vivido.

Porque “La Barraca” es el símbolo de la familia, del hogar, en su máximo esplendor. Es el refugio al que se acude cuando la labor diaria ha terminado, es el lugar donde la mujer, más allá de sus propias tareas externas de ayuda a la casa y al marido, va a generar el amor que los niños necesitan para criarse fuertes y confiados en su porvenir, y donde los más ancianos encuentran igualmente su refugio final.

Es el lugar donde el hombre descansa. Es el lugar donde se puede contemplar, cada día, el color azul turquesa de un cielo que no tiene igual, desde el que el cantar de los pájaros se confunde con la presencia de quienes anidan próximos, el lugar donde crecen cercanos los árboles que han de protegerte del sol durante el verano y desde cuya entrada puedes contemplar la exuberancia de unos campos, de unas tierras que responden al trabajo, al sudor que, a lo largo de cada uno de los días del año, el hombre y la mujer depositan.

Y junto a esa realidad que no es un sueño, la poesía de Llorente cumple el fin que le pidió la Renaixença. Mostrar al mundo el valor literario de una lengua que, durante siglos, ha sido perseguida por cuantos creían necesario el hacerla desaparecer en aras de una unidad imposible en una nación que, como España, nació, en los comienzos de la Modernidad,



siglo XV, de la voluntad de los reinos que la conformaban, cada uno de los cuales tenía su propia Historia, su propia Lengua y su propia Cultura.

Es una realidad, las Renaixences regionales de España, que no solo se vive en aquellas zonas que demandan una independencia, Cataluña o el País Vasco, que tiene como consecuencia la fractura de la Nación común, sino que se vive en otras regiones, en otros antiguos reinos, que claman por el reconocimiento de su pasado, de su lengua, y por la recuperación de sus tradiciones, en una España unida.

Se escuchan, junto a la de Teodoro Llorente, las voces de Rosalía de Castro y su recuperación de la lengua gallega que es la madre de la lengua portuguesa, la de Gabriel y Galán que intenta recuperar los cantares y los decires de las tierras extremeñas, la de Salvador Rueda que quiere hacer presente el ser del antiguo reino de Murcia y de la lengua que tiene matices distintos al castellano...

Es el tiempo de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, de una nueva España variada y compleja, dispuesta a dejar atrás los procesos de castellanización para dar paso a la realidad de los distintos pueblos que la conforman.

Es el tiempo que simboliza Teodoro Llorente a través de su acción diaria y de su producción poética.

Y tal vez ese intento de hacer comprender la multiplicidad de España queda perfectamente diseñado en su producción en lengua castellana. Su obra histórica que toma el nombre de Valencia. Sus monumentos y su Arte. Su Naturaleza e Historia (1887-1889).